



Una ciudad que se desangra

ANÁLISIS

JOSÉ MANUEL BLANCO / Salamanca

Las lágrimas de Salamanca ya han llegado al río. La ciudad de la piedra dorada se ha convertido en una experta en defunciones. Desde que empezó la crisis económica, e incluso antes, ha visto cerrar cada día empresas y tiendas. Pasear por el centro es como navegar por un mar de carteles con él 'se vende', 'se alquila', 'liquidación por cierre'. Murió la construcción y empezó la emigración de jóvenes, cualificados y sin cualificar, cansados de ir a sellar el paro. Hasta el rector está harto de formar a jóvenes, y eso que es su trabajo, para que otros países se beneficien de su esfuerzo.

En apenas unos meses, Salamanca ha dicho adiós a su equipo de fútbol, que murió con 90 años a la espalda; a la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, aunque la culpa sea más de una crisis de valores que de la econó-

mica; a un periódico con 130 años de vida, El Adelanto, donde se evidencia otra crisis, la de los sinvergüenzas que cierran negocios sin pagar a sus trabajadores; ha celebrado un festival Facyl tan escuálido que pronto morirá por inanición; la antaño famosa noche salmantina es ya un caro recuerdo lejano emborronado con un macrobotellón llamado Nochevieja universitaria y miles de despedidas de solteros con disfraces absurdos. Y algunos de sus mejores cocineros, hacen patria en Londres.

La herida lleva tiempo abierta. Tanto como los 6 años de retraso que acumula el Hospital de Salamanca, cuya remodelación se encuentra en manos de la Junta. Agoniza el Centro del Cáncer, que llora a dos de sus más rentables investigadores, Jesús San Miguel y Enrique de Alava, que huyen buscando nuevos lugares donde seguir investigando ante la escasez de apoyos. Antes se fueron muchos otros de menos nombre pero ellos no serán los últimos en marcharse. Y lo hacen convencidos de

que si este centro estuviera en Valladolid, otro gallo habría cantado. Misma suerte corren los otros centros de investigación de la ciudad, más ocupados en sobrevivir en un océano de burocracia, que en descubrir.

Se lamenta el 2018, ese año que iba para estrella mundial por el octavo centenario de la Universidad, y del que ya nadie habla, excepto algún profesor universitario que no para de rebuscar entre los armarios de la USAL motivos de orgullo, hitos de un pasado esplendoroso. Fue el sueño de una noche de elecciones y como tal, volverá a revivir dentro de poco, lleno de promesas, vacío de contenido.

Dicen que no todo es malo, que pronto llegará la alta velocidad y estaremos a 90 minutos de Madrid. También lo decían en el siglo pasado. Suena a promesa vacía, como la del Cerro de San Vicente, que de proyecto estrella para la Capitalidad Cultural Europea del 2002, con premios y millones invertidos, ha pasado al olvido sin haberse inaugurado.

De la Caja, fundación, obra social, CEISS o como se llame ya nadie habla, salvo para decir que lo han despedido y que un grupo de vecinos intenta prolongar la vida de las tres bibliotecas que con ella cerraron. ¿Quién la mató?. Da igual, cogieron el dinero y corrieron a otro negocio.

Salamanca se desangra ante la pasividad de los políticos. Antes desde el autoritarismo enfermizo, ahora desde la cordialidad entre un gobierno y oposición, llenos de nombres tan desconocidos como sus ideas de futuro. Con instituciones empresariales, llámese Cámara o Confederación, donde las ideas brillan por su ausencia y la lucha por el protagonismo llena días baldíos, sobre todo para esas empresas que cuelgan el cartel de cerrado.

Y qué será de esta ciudad cultural cuando no nos queden torres de piedra por abrir. Cuando la enseñanza del español ya no sea el recurso económico que salva el verano y su Universidad deje de investigar y patentar proyectos que dan prestigio pero que nadie aquí convierte en realidad porque nadie se atreve a montar una empresa.